



Madrid, 11 de marzo de 2016



ORDEN DE SAN AGUSTÍN
Federación de Provincias de España

NOTA INFORMATIVA DE LA FEDERACIÓN Nº 3

En la última reunión del consejo de la federación celebrada el pasado día 18 de febrero de 2016 se trataron los siguientes asuntos:

CONCLUSIONES SOBRE LA REUNIÓN DE PRIORES

En la cordial celebración del encuentro de priores de las comunidades en España y Portugal celebrado el pasado 6 de febrero salieron diferentes propuestas que fueron recogidas en el consejo de la federación. Entre ellas merecen resaltarse dos que tienen como objetivo el fortalecimiento y la revitalización de nuestras comunidades. La primera es la oferta del **Master en San Agustín**, organizado por el Instituto Patrístico como una herramienta de formación permanente. En segundo lugar se encomendó a la *comisión de vida religiosa y formación* la elaboración de un esquema común para la elaboración del proyecto comunitario en todas las comunidades.

REESTRUCTURACIÓN DE LAS OBRAS

En la reunión se decidió poner en marcha el **proceso de estudio de obras y presencias**. El proceso se llevará a cabo en dos fases, una estrictamente provincial y otra conjunta. Cada provincia encomendará a un grupo de estudio la elaboración de un informe que tendrá que completarse en el año en curso. A continuación, una comisión federal estudiará en conjunto la información en diálogo con la *comisión de prospectiva*.

Junto a la implantación del procedimiento se aprobaron los criterios que servirán de guía. Estos **criterios** fueron presentados y aprobados en la Asamblea de la federación. A continuación se presenta como anexo el documento aprobado en la Asamblea. Los diez criterios finales se entienden en el marco de la reflexión previa que los precede, con lo que forman una unidad. Por eso, se envía el documento íntegro, pues esa fue la voluntad de la Asamblea.

CRITERIOS PARA LA REESTRUCTURACIÓN DE PRESENCIAS (PISTAS PARA LA PLANIFICACIÓN APOSTÓLICA FUTURA)

El proceso de unión de las provincias nos sitúa —a corto y largo plazo— ante un amplio repertorio de tareas. Una de ellas, la reorganización de nuestras presencias que se traducirá en la posible supresión de algunas obras y la apertura de otras nuevas. Ante esta necesaria disyuntiva motivada por distintas razones, se imponen el realismo, la prudencia y la determinación. Tener a la vista un cuadro de criterios puede ser tanto como contar con unos indicadores claros que ayuden a tomar las decisiones más adecuadas.

La descompensación entre obras y personas cada día es más notoria y no solamente por razones numéricas, sino por la debilidad producida por la edad y las exigencias actuales de la evangelización. Es la calidad evangélica de nuestro trabajo lo que está en juego y no solo la cobertura de unos equipos educativos o parroquiales.



Esta situación se irá agravando progresivamente en España por la dificultad de recambio motivada, particularmente, por la precariedad vocacional que vivimos. Las preguntas, entonces, son: ¿Qué obras podemos atender hoy dignamente? ¿Cuáles se deben colocar en primera línea de continuidad? ¿Qué nuevas tareas y periferias geográficas o existenciales exigirían atención por nuestra parte? Por lo tanto, no es entrar en una dinámica de reducción, sino de reorganización abierta también a la expansión en nuevas fronteras misioneras geográficas, sociológicas o culturales.

Cada vez las programaciones serán más abiertas, flexibles y revisables porque el servicio al Evangelio reclama, por igual, fidelidad permanente tanto al Evangelio y a la tradición como a la historia contemporánea. Aunque sea imposible prever y adelantar el futuro, necesitamos asentarnos sobre algunas afirmaciones incuestionables como la armonización entre los rasgos básicos de la comunidad religiosa agustiniana que tiene como eje central un carisma concreto y las exigencias cambiantes de un mundo y una Iglesia que nos invitan a nuevas formas de acción evangelizadora. Sin una clara definición carismática es impensable la fortaleza institucional y el discernimiento de nuestras presencias.

Tan necesario y urgente como la posible reducción de algunas obras es estudiar la apertura de otras nuevas. El riesgo de replegarnos sobre las que han sido hasta ahora plataformas tradicionales de evangelización por el miedo a lo nuevo, puede frenar el firme empeño misionero que hoy vive la Iglesia. Se impone un análisis lúcido y sereno de la situación de las propias estructuras desde el punto de vista *apostólico* —con particular acento en el carácter social de la obra en estudio—, *carismático*, *histórico*, *diocesano* y *económico*, para entrar en diálogo con la realidad de un mundo en cambio y a las urgencias pastorales emergentes en la Iglesia. No es un criterio menor la *territorialidad*. Es necesario revisar el mapa agustiniano y preguntarnos si no estamos excesivamente concentrados en algunas zonas geográficas y podría ser oportuno volver a lugares donde existió en otro tiempo una presencia agustiniana o sería conveniente establecernos por primera vez.

Más que superponer unos criterios sobre otros, lo conveniente es contemplarlos conjuntamente sin olvidar el empeño por transformar tanto las personas como las obras. Reestructurar de acuerdo con una definición y un perfil propios porque, de lo contrario, podemos movernos sobre una identidad flotante.

Tres prioridades que deben presidir nuestra vida, son:

1. La espiritualidad: Llamados a ser signo y memoria de la dimensión trascendente inserta en el corazón humano. Es urgente salir al paso de lo que el P. De Lubac llamaba “la mundanidad espiritual” —expresión también utilizada por el Papa Francisco en la *Evangelii gaudium* 93— que es el riesgo más peligroso de la vida religiosa. La reestructuración de nuestras provincias es una opción que afecta a la revitalización de las personas antes que a la reforma de nuestras obras. Por eso hay que colocar en primera línea de importancia la llamada a la autenticidad, la fidelidad y la gratuidad. A partir de estas opciones básicas, serán posibles los cambios estructurales en sintonía con el momento histórico que nos ha tocado vivir. La contemplación realista de las circunstancias que configuran hoy nuestra vida sería incompleta sin una lectura teológica de los acontecimientos y estadísticas que, a primera vista, pudieran parecer negativos. Los síntomas evidentes de fragilidad, la precariedad vocacional o la llamada apremiante a participar audazmente en la nueva evangelización, pueden ser interpretadas como otras tantas llamadas y mociones del Espíritu.

Es necesario el recordatorio sobre el carácter religioso de nuestra vida porque si en nuestros proyectos prevalece una actitud antropocéntrica, nos desviamos de la dimensión más específica de nuestra vida y del centro de gravedad de la evangelización. “Aspirar a la santidad: éste es, en síntesis, el programa de toda vida consagrada, también en la perspectiva de su renovación en los umbrales del tercer milenio (...) De esta opción prioritaria, desarrollada en el compromiso personal y comunitario, depende la fecundidad apostólica, la generosidad en el amor a los pobres y el mismo atractivo vocacional ante las nuevas generaciones. Lo que puede conmover a las personas de nuestro tiempo, también sedientas de valores absolutos, es precisamente *la cualidad espiritual de la vida consagrada*, que se transforma así en un fascinante testimonio” (*Vita consecrata* 93).

2. La comunidad de vida: Pertenece al núcleo agustiniano más rico, es signo de fraternidad, de comunión en la Iglesia y de la presencia de Dios en la familia humana, manual de convivencia y aportación a un nivel de relaciones que contribuye a la construcción de un mundo diferente. En busca de una mayor significación social, política



y cultural, así como de fecundidad espiritual, pastoral y vocacional, la comunión es don que hemos de acoger, pero también misión confiada a los consagrados no solo a través de un testimonio silencioso, sino también de una acción pública. Como personas y como comunidad estamos llamados a ser “expertos de comunión”, levadura de unidad, agentes de reconciliación.

Es necesario abandonar toda actitud de duda o indiferencia sobre la identidad de la vida religiosa como “don del Espíritu a La Iglesia” y los rasgos peculiares de lo que llamó el papa Pablo VI, la “agustinidad”.

3. La misión: Significa confrontar la evangelización con la lectura del momento en que vivimos y nos empuja a salir a las fronteras de la exclusión, la pobreza, la cultura, la secularización...Misión que puede llevarnos al desplazamiento hacia nuevos lugares —sin descartar la *misio ad gentes*—, nuevas actitudes, nuevo modos de entender la acción pastoral.

La *misión* es el punto de conjunción de aspectos fundamentales de la vida consagrada y determina opciones, destaca acentos, promueve iniciativas de colaboración, amplía el radio de acción, abre perspectivas inéditas...Es necesario estar cerca de las personas para que nos comprendan, pero sin diluir la “diferencia” que caracteriza la vida consagrada. Y desde nuestra condición de consagrados, lanzar signos alternativos a visiones cerradas, al deseo de posesión, a la búsqueda del placer y el éxito inmediatos. Hay que dialogar con la mentalidad ambiental, pero también infundir en ella elementos no presentes en su lógica.

Es imprescindible un proyecto de misión. La reestructuración debe hacerse a la sombra de un proyecto misionero que defina qué tipo de apostolados se quieren llevar a cabo y dónde, cómo se van a organizar, qué tipo de gobierno se pretende, qué opciones y destinatarios serán prioritarios, etc. “Según las modalidades que la llamada de Dios pide a vuestras familias espirituales, vosotros debéis seguir con ojos bien abiertos las necesidades de los hombres, sus problemas, sus búsquedas, testimoniando en medio de ellos, con la oración y con la acción, la eficacia de la Buena Nueva de amor. De justicia y de paz. La aspiración de la humanidad a una vida más fraterna a nivel de las personas y de las naciones, exige ante todo una transformación de las costumbres, de las mentalidades y de las conciencias. Tal misión común a todo el Pueblo de Dios, es vuestra por título personal” (*Evangelica testificatio* 52)

No solo reestructurar para sumar las fuerzas y recursos humanos, sino para sugerir nuevas modalidades de presencia y de acción que respondan a sensibilidades y urgencias actuales. Volver a diseñar las presencias comporta un proceso de corresponsabilidad, una preparación de las personas para cometidos nuevos, un itinerario de actuación que será necesariamente gradual. “Antes que en las obras exteriores, la misión se lleva a cabo en el hacer presente a Cristo en el mundo mediante el testimonio personal. ¡Éste es el reto, éste es el quehacer principal de la vida consagrada!” (VC 72; cf. LG 46).

Desafíos, propuestas pastorales y nuevos modelos de encarnación de la vida consagrada. Los cambios imponen decisiones sobre las que no siempre se ha reflexionado lo suficiente. Para sostener obras o llevar adelante procesos de evangelización, se abren —entre otras— las pistas de la interculturalidad que hace referencia a la universalidad de nuestra Orden y la misión compartida con los laicos que es signo inequívoco de comunión eclesial.

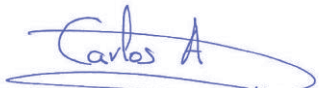
Tenemos que ser conscientes de que los procesos de renovación exigen respuestas que pasan a través de **la vuelta a lo esencial de la vida consagrada**; a **la inspiración originaria de la Orden** y a nuestra **adaptación a las condiciones cambiantes de los tiempos**. Observando el criterio normativo de *simultaneidad*. Las tres exigencias deben ser puestas en práctica conjuntamente. No puede haber renovación adecuada desde una sola perspectiva.

Revisar o rediseñar las presencias es por lo tanto sinónimo de libertad, de compromiso por mantener vivo el carisma y de continuidad del servicio apostólico allí donde las necesidades de la Iglesia lo soliciten, aunque suponga aceptar la búsqueda, la incertidumbre y la novedad. Sería empobrecedor que problemas domésticos diminutos de corto alcance frenaran nuestra respuesta a la urgencia de la misión que se manifiesta con nuevos rostros.



Finalmente, se presenta un listado de criterios que debería presidir nuestra planificación apostólica futura:

1. Carácter carismático. Obras que hagan posible una vida religiosa agustiniana de acuerdo con nuestras Constituciones.
2. Urgencias pastorales emergentes en la Iglesia universal y diocesana (Dimensión evangelizadora de nuestra vida).
3. Proyección vocacional.
4. Significación histórica del lugar para la Orden agustiniana.
5. Disponibilidad y competencia personal para la actividad apostólica que se pretende desarrollar.
6. Garantía de financiamiento de la obra.
7. Atención a los más frágiles de la tierra o realidades humanas sufrientes, en línea con el pensamiento de san Agustín sobre los pobres.
8. Carácter universal de la Iglesia, llamada al anuncio de Jesucristo y su Evangelio a los que todavía no los conocen o donde existen comunidades cristianas nacientes.
9. Aceptación por parte de los religiosos.
10. Presencia equilibrada por zonas geográficas (en España)


Carlos R. Alonso García
Secretario de la Federación

Rgto. 19/2016



Reunión de Piores del día 6 de febrero.